

*“...Tengo su imagen metida hasta lo más profundo de mi cabeza. La recuerdo perfectamente... la recuerdo aunque la miré solamente un instante, de manera brevísima; como se ve una estrella fugaz una noche de verano...”*

Escribió Markel en su diario acerca de un sueño que había tenido hace unos días, el cual le había acusado muchísima curiosidad. En él aparecía una chica de la que se enamoró nada más verla y que además, le miraba fijamente con unos ojos tan brillantes que le resultó imposible sostenerle la mirada. Pero justo en el momento en el que iba a abrir la boca para decirle algo... Markel cayó de la cama y despertó.

Naturalmente, aquella mañana se arrepintió muchísimo de haberse despertado de aquel sueño, pero por otro lado se extrañó porque la chica que salía en él estaba sumergida en el agua del mar solamente de cintura para abajo.

Markel era farero, como lo habían sido su padre, su abuelo... de modo que siempre trabajaba de noche bajo millones de astros que temblaban mientras le hacían compañía hasta que amaneciera. Su función era la de guiar por buen camino a los barcos que querían entrar o salir de la Bahía del puerto de Pasajes. Se dedicaba a este trabajo porque le encantaban el sonido de las olas al romper contra las rocas y la infinitad del mar.

Pasaron algunas noches y Markel seguía desempeñando sus labores en el faro, pero no era el mismo ya que no lograba dejar de preguntarse por qué razón había tenido aquel sueño y por qué se había obsesionado de tal manera con aquella misteriosa mujer.

Una noche de luna nueva que Markel subía al faro, creyó distinguir parte de una figura humana en el agua, y por eso corrió a encender la luz para ver de quién se trataba, porque por un casual, podía ser que aquella silueta fuera de la chica con la que había soñado. Pero para su sorpresa, cuando la luz del faro alumbró el agua, quien fuera el ser humano que hubiera estado allí, había desaparecido. Este hecho se repetía cada noche en el faro de la Plata, pero Markel seguía ciego en su empeño tenaz de conocer a dicha persona que se escabullía de la luz del faro sumergiéndose en el agua. Su obsesión llegó hasta tal punto que sus amigos pensaron que se había vuelto loco.

Harto de estar jugando al gato y al ratón y reuniendo el poco juicio que el quedaba a estas alturas, nuestro farero decidió no encender la luz de su puesto de trabajo aquella noche; bajaría a las rocas bajo el acantilado del monte Jaizkibel y se alumbraría únicamente mediante la luna llena. Dicho y hecho. Aunque mientras Markel aguardaba escondido entre

las rocas deseando que la persona que había visto fuese aquella extraña mujer, un barco chocó contra las rocas del acantilado. En el fatal siniestro murieron todos los pasajeros al no haber visto la luz para que les guiara.

Markel no reaccionó después de ver el accidente e inconscientemente miró el reflejo de la luna en el mar, donde vio, sin ninguna duda, a la chica que apareció en su sueño y que ya quería como un lunático. Pudo ver también que la sirena, porque se dio cuenta de que esa mujer era una sirena, se reía de él por lo loco que se había vuelto y se zambullía en el agua desapareciendo de su vida para no volver a ella jamás.

.....

*“... Solo la he visto un momento, pero ha sido lo suficiente para que haya perdido la cabeza por ella, hasta el punto de que por mi culpa ha muerto gente que nada tenía que ver con mi falta de cordura. No me lo perdonaré jamás...”*

Escribió Markel antes de que, ahogado por los remordimientos, se tirara por el acantilado, dejando la luz del faro encendida para siempre.

**CRISTINA PÉREZ RECALDE**

**Alumna 4º ESO LA ANUNCIATA IKASTETXEA**

**Ganadora CONCURSO AZTERKOSTA 2010**